

**(*Odiseos sin reposo*, Compilación, presentación y notas Gregory Zambrano. Universidad Autónoma de Nuevo León, Universidad de Los Andes, Monterrey, México, 2007, 258 págs).**

**Por: Miguel Ángel Campos**

*Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología* (Maracaibo), vol. 17, Nos. 1 y 2, (Abril-Junio 2008), pp. 340-344.

A mediados de 1933 tiene lugar el primer encuentro entre Alfonso Reyes y Mariano Picón Salas, el lugar es la biblioteca Nacional de Chile. Un escenario de libros y también, para ese momento, de tensión política, ambos se encontraban por primera vez tras el intercambio de unas pocas cartas, es la afirmación de una amistad que se prolongará hasta a muerte de Reyes en 1959. La correspondencia entre ambos, llena de meandros y a ratos discontinua, es uno de los documentos más interesantes que se puedan tener para seguir el rastro no sólo de un vínculo intelectual sino de los avatares de nuestro definitivo ensayista y sobre todo de la precaria condición social de los hombres de letras en América Latina.

“Aquí entre las novedades literarias está la llegada de Alfonso Reyes que viene a buscar unos días de reposo cordillerano...” —le escribe Mariano a Ricardo Latchman—, el encuentro está documentado por Domingo Miliani en su libro sin par *El mal de pensar*, la crónica pudiera servir de risueña obertura a la compilación arqueológica de Gregory Zambrano, *Odiseos sin reposo*, título certero

para amparar el conjunto del intercambio, y que representa todas las cartas conocidas, fechada desde 1927 hasta 1959. Los envíos de MPS resultan como la prefiguración de su propia existencia en tanto debaten necesidades del continente y destino de los saberes intelectuales, diálogos cuya intimidad no excluye la solemnidad de juicios rotundos, la relación va identificando el ideario del ensayista y el crítico de la cultura, no se ahorra definiciones. Simpatía y elogios se engranan con la reflexión sobre la condición de la literatura y la vida política. Cuando le dice a Reyes, “usted ha traído la curiosidad a la literatura americana”, parece estar valorando la obra del maestro, pero a la vez busca definir un programa, es el mismo eco que después resonará en su *De la Conquista a la Independencia* (1944). No debía resultar fácil no ceder frontalmente al halago del doctor, pues ya Reyes era una figura consagrada, no caer en la apología banal y retórica, o en las veneraciones patéticas como esa del temperamental Blanco Bombona en sus cartas para Unamuno.

Las cartas están ordenadas cronológicamente y Gregory Zambrano advierte en sus esclarecedores prólogos y notas la consecuencia de los a veces largos vacíos, es lo previsible en un diálogo signado por el título *Odiseos sin reposo*, por lo demás, frase del propio MPS, y aguda precisión del compilador al reparar en el carácter profético de esa frase, pues es de 1931 y a él mismo le quedaba todo un mar tirreno por delante. En dos o tres cartas anteriores al encuentro de Chile surgen en su magnitud fantasmal los componentes del drama personal de aquel hombre expulsado del país por la desventura y la intolerancia, parece acosarlo nuevamente en el largo ínterin de la crisis chilena concluida con la caída de Ibáñez del Campo. Ha salido de

Venezuela en 1923 acosado por la quiebra y la ausencia de escenario, pocos años después el pasado merodea. “Yo, que ya no tengo como ganarme la miserable vida material en Chile, estoy en camino de emprender una nueva aventura” (29 de junio de 1931). Oprime el corazón leer estas confesiones y aquella debe ser una de las cartas más conmovedoras de nuestra historia intelectual.

Quien ha completado su formación universitaria y se está preparando para contribuir a echar las bases de las instituciones culturales de la Venezuela arrasada del gomecismo, se ofrece servir “para cualquier cosa”, parece haber perdido la fe en los poderes de la sensibilidad y el aleccionamiento civil. Le pide a Reyes ayuda de alguna gestión para irse a España a “donde podría hallar algún acomodo” en una empresa editorial, quien nació para escribir libros está a punto de limitarse a imprimirlos y comercializarlos, ochenta años después aquel predicamento no puede menos que hacernos temblar de vergüenza. El tono y el destino alcanzarán un rumbo más armónico pero la agonía ya ha vuelto a ser probada. “Disculpe usted si esta es una carta patética pero ya vendrán más sosegados días de diálogo”, y vendrían pero a retazos, serían sobre todo momentos templados al fuego, más intensos que extensos, y él los usará, por ejemplo, para compensar al maestro, ordenar un mundo donde las ideas y el pensamiento sean parte si no de la ciudad de Dios al menos de una república de republicanos. Cuando se encargue de “El Papel Literario” del diario *El Nacional*, en 1953, hace una invitación formal a Reyes para incorporarlo como colaborador regular, hará que la empresa le pague periódicamente y de manera digna sus artículos enviados desde México (el catálogo completo de esos envíos con sus fechas de aparición ha sido anotado

por el propio Zambrano y es un aporte a la bibliografía del mexicano). A su vez, en su momento una invitación a colaborar en la revista mexicana *Filosofía y Letras*, había sido cursada en términos de claro respeto y consideración, luego del agradecimiento MPS realiza la alta estima que en aquel medio se tiene del oficio: “...y lo que es más honorífico, espléndidamente pagado”, (1941). Artículos, crónicas, recensiones, comentarios, se prolongan hasta la muerte de Alfonso Reyes, en ocasión de algún envío espaciado o extraviado, el director le hace reclamo cordial y la respuesta es una colección completa de colaboraciones sobre distintos temas e interés y la explicación entusiasta del retraso.

En carta de 1930 perfila en dos líneas aquella constante de la carencia de una clase ductora y el peso de lo telúrico devorador, en relación con un libro suyo recién enviado dice que hay en él “principalmente la tragedia de la vieja gente urbana que formó el país, destruida por las masas rurales que han retrogradado la política venezolana a una etapa de primaria organización pastoril.” En general, resulta evidente en este intercambio, por parte de MPS, la posición ominosa de aquella ruralidad origen de tanto caos en el pasado, las capitales son el refugio de los hombres que decidieron creer en las virtudes de la educación y la herencia civil, México, Santiago de Chile, Caracas, Rio de Janeiro, más que lugares de donde sale y llega la correspondencia, son el espacio de resguardo de los entendidos, recelosos del abismo.

Relaciones del sociólogo organizando programas parecen esas explicaciones que da de lo inestable y la caótica identidad americana, enumera males y fija causas, lo chileno y su circunstancia tiene valor

porque ilumina no por su rareza. “Hay que vencer cierto comunismo criollo fanático y sin análisis...”. Es manera de plantarse ante la discutible novedad, no la descalifica, antes le antepone una exigencia. El capitalismo se le antoja convencional y limitado, no tiene nada que entusiasme a las masas distinto al consumo. Pero el marxismo, el cual identifica en su adscripción filosófica, es reo de un cargo mayor, ese “abstracto racionalismo marxista” está muy distante de unas etnias dadas a las formas “intuitivas y en el fondo espiritualistas”. En los días previos a la vuelta al país natal va anotando todo un índice de impresiones, juicios incommovibles, emociones, y todo eso opera como el diagnóstico forense, la aclaración del escenario donde deberá construir y encarar por una vez más el desierto y la poca aptitud de los hombres públicos para el diseño mental, (“desorientada inteligencia chilena”, “terrible tropicalísimo”). Alfonso Reyes es su interlocutor del desencanto, no son las quejas sobre el país lo dominante, es sobre todo la certidumbre de cuan atrasados estamos en la tarea de conciliar la búsqueda del bienestar y una solvente conciencia. Reyes se hace eco de los maltratos y quizás recordaría aquella angustiosa carta de hace siete años donde le solicita empleo. “Su carta me trae a la vez una pena y una alegría. La pena de saber lo que ha pasado con usted: veo que en todas partes se cuecen habas”. (Probablemente el incidente sea el rosario de intrigas palaciegas y la polémica con la Misión Educativa chilena). Todo esto supone sus alejamientos y refugio europeo y chileno, nuevamente. El tono del maestro no podía ser más desolador, brota en él una solidaridad propia de los segregados, no duda del destino común de aquellos que decidieron atesorar la realidad americana de la

invención y no de la simulación —“No tiene remedio: así nos ha tocado vivir”, haciendo suya la amargura, la pendencia contra el otro.

Pero en medio de aquella indiferencia y a ratos desolación del país entumecido de recelo, él insiste en que es el tiempo de ordenar y aleccionar, hacia 1939 y desde una Dirección del Ministerio de Educación le ofrece las páginas de la recién creada *Revista Nacional de Cultura*, se aferra a ella como lo único real frente a tanta expectación de circunstancia y vacíos del pasado inmediato. “El momento es propicio y hay aquí inquietud y entusiasmo saludables. Estamos en pleno despertar.” Reyes promete hacerle promoción a la revista entre la colonia de intelectuales españoles aventados por la Guerra Civil y envía un saludo para el aun triunfante joven de *Las lanzas coloradas*, Arturo Uslar Pietri. En una carta de julio de 1940 parece estar la génesis de *Formación y proceso de la literatura venezolana*. En junio Reyes lo ha invitado a colaborar en una obra que reúne conjuntos de la literatura de los países latinoamericanos, “ojala usted quisiera honrarnos encargándose del tomito sobre Venezuela”, le ha dicho, y la respuesta no se hace esperar, pues la alegría, junto a la pena, de la ya citada carta es justamente “saber que contamos con su exposición de la literatura venezolana para dentro de un par de meses”.

No cabe duda de que Caracas no resultaba un lugar cómodo para aquel hijo pródigo, después de tantos años y una vida completada en Chile, la errancia, toda una categoría del sociólogo viajero, lo acicatea y también las últimas imágenes de la antesala de los días de Caño Amarillo vuelven en la inercia de una metrópoli todavía inmadura para la vocación cosmopolita del intelectual sediento de “hacer patria”. Casi diríamos que se aburre en las tardes de un ambiente excesivamente

municipal. “En Caracas donde soy sólo una especie de literato de domingo, así como hay pintores, pescadores y nadadores de día de fiesta, no he tenido tiempo ni placidez para ello...” (1941).

Desde los cuarenta el afecto y la simpatía de Reyes parecen constituirse en un lazo filial, ese “mi querido y recordado” se hace más enfático y afloran algunas mínimas confidencias que hacen del intercambio no ya el trato un tanto académico de los inicios sino una íntima camaradería donde ambos han ido disolviendo sus recelos y se conquistan mutuamente desde el único y singular mundo de los intereses espirituales de quienes se saben entregados a una devoción. Si MPS le escribe que prepara un cursillo sobre él en la Universidad de Columbia, Reyes anda en diligencias que concluirán en la publicación de *De la Conquista a la Independencia* en las ediciones del Fondo de Cultura Económica, el cual aparecerá ese mismo año de 1944. En ocasión de los sucesos de octubre de 1945, Reyes inquiriere por su situación en un tono de preocupación, pues este otro golpe de estado volvía a encontrar al escritor en medio de la beligerancia, pronto toma distancia y lo hace de una manera familiar, docencia en el exterior, alguna legación. De todos modos informa al amigo observador y con la noticia van sus impresiones: “...hay demasiado rencor inútil y no quiero comprometerme con los odios callejeros de este momento”. Permanece en Puerto Rico, a donde ha ido a atender un curso en la Universidad de Río Piedras, se lamenta sólo de trabajar con los libros prestados. Pero insiste en quedarse por un tiempo más largo, le confiesa haber organizado sus meses recientes desde planes de muy corta duración, pues lo contrario sería regresar a Venezuela a “participar en el

campeonato de injurias, es mejor ser un pequeño Ashaverus de la Literatura”.

Amargo interregno ese de la primera mitad de los cincuenta, la correspondencia se hace casi estrictamente literaria, la visita a Caracas del joven Sergio Pitol, los minuciosos informes de las crónicas aparecidas en el suplemento, petición de datos sobre algún personaje, MPS es el hombre que lucha contra esos domingos de molicie en la ciudad adormilada. Se aferra a su tarea en “El Papel Literario” como a una piedra en el mar sin costura, y acaso aquel otro empleo, tal vez forzoso, como director de una agencia de publicidad es como la definitiva vocación del país patético. Quien ha fundado sus instituciones intelectuales referenciales en la muy reciente modernidad y su mayor figura continental, carece de espacio en el escenario de una sociedad cuyos intereses ya han sido definidos en una perspectiva de actualización material y consumo. La última carta está fechada, ciertamente, en la Place Fontenoy, sede de la delegación de la UNESCO en París, con la llegada de la constitucionalidad parece asentarse el sentido común. Pero el *ritornello* es la norma de unos hombrecillos convencidos de su propia estima, en los primeros meses del 58 los mismos funcionarios le responden a Briceño Iragorry, quien ha presentado el prospecto de una Universidad Obrera, ofreciéndole en cambio y a modo piadoso la Dirección literaria de una Agencia de Publicidad, la insistencia parece dejar claro como el filisteísmo es capaz de asociaciones insólitas: los escritores están bien instalados en el negocio publicitario. Había sobrevivido al brutal garrotazo de la iglesia de las Jerónimas en Madrid, pero no al desprecio en su propio país.



***Miguel Ángel Campos***